«DIOS PERMANECE SIEMPRE FIEL»

56/27 septiembre 2026/1298

DOMINGO XXVI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Ezequiel **18**, 25-28)**:** ***¿Es injusto mi proceder?***
Salmo (**24**, 4-9) ***«Recuerda, Señor, tu ternura»***
2ª lectura (Filipenses **2**, 1-11): ***Manteneos unánimes y concordes con un mismo amor.***
Evangelio (Mateo **21**, 28-32)**:** ***Los publicanos van por delante en el Reino.***

Jesús nos llama a seguirlo cada día. Escucharlo y comulgar su Cuerpo nos lleva a sintonizar con sus sentimientos, con su Reino, con su fidelidad a Dios Padre y su amor a toda la humanidad. En nuestro seguimiento diario de Cristo experimentamos nuestras flaquezas y olvidos intencionados de su Palabra, y también nuestro rechazo al proyecto de su Reino. Pero a pesar de estos altibajos, aflora una y otra vez el querer tener *"los mismos sentimientos de Jesús"*, el asumir su modo de vida.

El profeta Ezequiel nos decía que cada uno es responsable de sus acciones. Hemos sido creados libres para elegir el camino a seguir. Pero esta elección conlleva consecuencias para nosotros y nuestro prójimo. La libertad es un don que Dios nos da. Él nos llama a usarlo de forma responsable, humanizadora y fraterna, en fidelidad a Aquel que nos ha hecho libres. Somos libres para acoger o rechazar el don de la fe en Jesús. Aunque decimos que queremos vivir de forma coherente nuestra fe, a veces preferimos recorrer otros caminos más apetecibles, y aparentemente más beneficiosos. Aunque al final nos llevan al vacío, al descontento y la soledad.

Hay quien se pone a trabajar sólo si le recompensa el trabajo que realiza; de lo contrario simplemente rehúye el trabajo. No hablamos de aquellos que trabajan sin descanso tramando actuaciones y comportamientos que atropellan los derechos de los pobres y maquinando alianzas con el mal. El profeta Ezequiel echa en cara al pueblo elegido la doblez del corazón. Su conducta es sólo aparentemente buena, intentan salvar la letra de la Ley, pero no su espíritu y así el pueblo no es fiel de verdad. Sus labios pronuncian buenas palabras; diríamos tiene buenas razones, pero su corazón anda tras aquellos que satisfacen sus deseos olvidando a Yahvé su Dios.

No bastan las palabras para demostrar el amor a alguien, es necesario responder con una conducta que garantice el aprecio y la estima que tenemos con Él. San Pablo advierte a los cristianos de Filipos que no deben obrar por envidia ni por ostentación, encerrándose en los propios intereses sino buscando siempre el interés de los demás. Una vez más aparece el amor como imperativo de acción. ¡Cuánta energía desarrollamos sin responder a ese imperativo! El Apóstol invita a los cristianos a realizar toda la actividad movidos por la fuerza del amor.

De esta forma desaparece la hipocresía de quien simula obedecer y no lo hace; y se hace más fácil la conversión del holgazán en colaborador responsable del imperativo de acción. Aun en el caso de haber desatendido la primera invitación al trabajo, la fuerza del amor nos mueve a reconocer nuestro error, a no menospreciar nuestro caudal energético y a ponernos manos a la obra. En la parábola evangélica hay una alusión histórica a aquellos contemporáneos de Jesús que se vanagloriaban de cumplir y observar la Ley frente a aquellos que en un primer momento no quisieron aceptarla, pero al final se convirtieron y la cumplieron. La vanagloria de los primeros los llevaba a la ostentación, que hacía infecunda toda colaboración con aquellos que trabajan sin propio interés pensando siempre en el interés de los demás.

La parábola insiste en la fidelidad del cristiano que no debe disociar sus obras de sus palabras. En definitiva, la colaboración con la acción divina debe abarcar un buen conocimiento del designio de Dios sobre el desarrollo de la existencia humana y la aplicación consciente y esforzada por realizar el proyecto divino. Ahí es donde el hombre tiene que reconocer su deficiencia y no tratar de cubrirla con la hipocresía, sino aceptando la necesidad de la ayuda divina que ilumina nuestra mente y mueve nuestra voluntad. Lo más consolador de la parábola es que cabe la posibilidad de conversión y aceptar con las obras lo que con nuestra primera respuesta no fuimos capaces de aceptar.

Razonar para evitar asumir el dolor o el fracaso que se desprende de una sinrazón es algo así como huir de la realidad que trasciende de todos nuestros razonamientos. El evangelio nos enseña que los caminos de Dios no son nuestros caminos, ni nuestros planes obedecen siempre al plan de Dios. Es más, nos dice que, sólo negándonos a nosotros mismos, podemos seguirle a Él.

Dios Padre está siempre dispuesto a la misericordia y al perdón. No se cansa de esperar nuestro regreso. Es más, sale a los caminos de la vida para abrazarnos en nuestra vuelta a Él. Dios nos concede una nueva oportunidad. Él no cierra la puerta de su corazón maternal a todos aquellos que a causa del pecado se alejan de Él. Aquellos que han dicho no a Dios, pueden experimentar de nuevo el amor de Dios. Para Él nadie está totalmente perdido. Solo basta querer volver a Él, reconocer nuestras huidas de Dios, y convertirnos a Él con sinceridad de corazón.

Dios no impone su salvación, ni su amor. Él solo espera nuestro sí a su voluntad, aunque en ocasiones, le hayamos dicho no. Jesús nos muestra la misericordia fiel del Padre. Este se alegra con la vuelta a casa de sus hijos que habían abandonado el hogar. Quiere a todos sus hijos, se desvive por ellos, para que al final la respuesta al don de la salvación sea un **SÍ** autentico, aunque vaya precedido de algunos **NO**. El ejemplo de Jesús nos ayuda a vivir en constante fidelidad a Dios Padre. Nos envía el Espíritu Santo, para que este **SÍ** lo vivamos de forma coherente y continuada. Nuestro trato con Dios y con los demás, nos indicará la autenticidad de nuestro **SÍ**.